

Theatrum orbis en "La araucana"

Autor(en): **Alvarez, Angel**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **38 (2000)**

PDF erstellt am: **23.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-267003>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

THEATRUM ORBIS EN LA ARAUCANA

En la épica clásica griega, el espacio geográfico goza de suma importancia y desempeña múltiples funciones. En una sociedad en que la realidad se percibe como el envés de la actividad divina, los nombres de comarcas y ciudades se hallan asociados con los de los dioses. Mitología y geografía parecen confundirse y, antes de Herodoto, la frontera entre geografía e historia era todavía muy tenue. Si en la *Ilíada* el territorio asiático mencionado no parece muy extenso, el ámbito en que se desarrolla la *Odisea* abarca el Mediterráneo y tal vez excede sus límites. Ciertas aventuras de Ulises revelan unos conocimientos geográficos precisos, bajo los cuales subyace una idea abstracta, filosófica y coordinadora que tiende a explicar el movimiento de los astros y la forma de la tierra. En el primer libro de su *Geografía*, Estrabón cita con frecuencia a Homero al que llama el padre de la ciencia geográfica, entre otras cosas porque, antes que Hecateo de Mileto, mostró que la tierra se halla circundada por el Océano, y los astros y el sol emergen del mar y se inmergen en él¹.

Algo similar ocurre en la épica latina. Conocemos el influjo de Homero en Virgilio, y el empeño que puso el poeta mantuano en describir con veracidad los lugares de la *Eneida*. Pero aunque en los poemas épicos latinos, sobre todo en la *Farsalia*, se tiende más a desarrollar el aspecto histórico que el religioso, el sistema de explicación del universo sigue teniendo cabida en la economía del poema. Sin renunciar a la fábula mitológica, Lucano busca, a través de su racionalismo, el determinismo del destino, y trata de comprender las revoluciones de los astros y los fenómenos de la naturaleza. El empleo de los

¹ En el primer libro de la *Geografía*, Estrabón cita con frecuencia a Homero: «Una incesante llama parecida al astro que en el otoño [alusión a Sirius] luce y candealea después de bañarse en el Océano» (*Ilíada*, V, 6); «Ya el sol hería con sus rayos los campos, subiendo al cielo desde la plácida y profunda corriente del Océano» (*Ilíada*, VII, 421-422); «La brillante luz del sol se hundió en el Océano, trayendo sobre la alma tierra la noche oscura» (*Ilíada*, VIII, 485-486).

cuatro elementos se halla cargado de simbolismo, y los vientos aparecen empleados como puntos cardinales².

La épica culta del Renacimiento, por lo menos en *Los Lusíadas* de Camoens y *La Araucana* de Ercilla, mantiene un claro vínculo con la geografía. El espacio rebasa ciertamente el marco del desarrollo de la acción y ocupa un lugar importante en la estructura narrativa. En *Los Lusíadas*, además de las múltiples navegaciones de los portugueses, se describe el cosmos: Tetis ofrece a la vista de Gama y sus compañeros un globo suspendido en el aire, imagen del mundo creado por el Saber, y les explica las revoluciones de las esferas³.

En 1578, seis años después de *Los Lusíadas*, Ercilla publica la segunda parte de *La Araucana* donde aparece, en el canto XXVII, una extensa descripción del globo terrestre. El mago Fitón muestra a don Alonso de Ercilla un globo que «en el aire por sí se sostenía» y que «era en grandeza tal que no podrían/ veinte abrazar el círculo luciente» y «donde todas las cosas parecían/ en su forma distinta y claramente» «como en redondo espejo relevado/ llegando junto el rostro, claramente/ vemos dentro un anchísimo palacio/ y en muy pequeña forma grande espacio»⁴. El mago Fitón muestra y describe al poeta los continentes, comenzando por Asia.

La descripción de Asia ocupa diez octavas. Se trata de una extensa enumeración de países, regiones, ciudades, montes, ríos, mares y personajes mitológicos e históricos que coincide en parte con el propósito enunciado por el mago «verás del universo la gran traza:/ lo que hay del norte al sur, del leste al oeste». La enumeración de los lugares no sigue una trayectoria de este a oeste, como asegura el mago, sino que se extiende de oeste a este. Y es que Ercilla no pretende darnos una visión geopolítica del Asia del siglo XVI, sino la que de ese continente se tenía en la época clásica. No aparece siquiera mención del Imperio

² A. Loupiac, «La poétique des éléments dans la Pharsale de Lucain», in *Latomus, revue d'études latines*, volume 241, 1998.

³ Camoens, *Los Lusíadas*, X, 76 a 143. El poeta parece haberse documentado en el *Tratado da Sphera com a Theorica do Sol e da Lua*, de Pedro Nunes, publicado en 1537. Nunes se basa en el sistema de Tolomeo, corregido por Sacrobosco y Peurbach.

⁴ Por muy bella que parezca la hiperbólica comparación de Ercilla, la escala empleada resulta pequeña: una ciudad como Ávila ocuparía en el globo como máximo un milímetro cuadrado.

Otomano y, a diferencia de Mercator u Ortelius, el poeta emplea la división por regiones que existía en la antigüedad.

El propio nombre de las comarcas y ciudades cumple las veces de descripción de las mismas que, por lo general, se caracterizan únicamente por la posición de unas con respecto a otras. De ahí el elevado número de adverbios y locuciones adverbiales de lugar: «al principio de», «junto a», «enfrente de», «allá», «a la otra mano», «hacia la banda», «y adelante», «al lado del poniente», «al levante», «del leste», etc. A veces el vínculo entre las comarcas se realiza por medio de subordinadas relativas: «que confina con», «que entra en el mar», «que separa a», «que así rodea» etc. Los únicos rasgos descriptivos que hallamos son la «llana» Capadocia, la «calurosa» Aracosía, la «lunada tierra» de los circasos, la «grande» Armenia «memorable», la «corva costa» y «forma oval» del mar Caspio, o los adjetivos «famoso», «caudaloso» y «fragoso» aplicados a ciudades, ríos y montes. No se trata pues de una verdadera descripción sino de una simple enumeración. Esta lista de topónimos, aparentemente caótica, obedece sin embargo a una estructura predeterminada pues sigue en sus grandes líneas el periplo de Alejandro, aunque algunas etapas se hallan dilatadas por la superposición de una perspectiva histórica. La descripción de Asia comienza:

Mira al principio de Asia a Calcedonia
 junto al Bósforo enfrente de la Tracia,
 a Lidia, Caria, Licia y Licaonia,
 a Panfilia, Bitinia y a Galacia,
 y junto al Ponto Euxino a Paflagonia,
 la llana Capadocia y la Farnacia
 y la corriente de Eufratés famoso,
 que entra en el mar de Persia caudaloso. (XXVII, 6)

Asia Menor aparece descrita siguiendo la costa hacia el sur: Lidia, Caria y Licia; luego hacia el este: Panfilia y Licaonia; después hacia el norte: Bitinia, Paflagonia y Farnacia al sur de las cuales se hallan las comarcas de Galacia y Capadocia. El Éufrates, pone límite a estas regiones y sugiere el camino hacia el sur. Ese territorio corresponde al itinerario y conquista de Alejandro Magno entre su desembarco en la primavera de 334 a.C. y la batalla de Isos, en noviembre de 333 a.C.

La segunda octava concierne a Siria y Judea, sometidas por Alejandro entre enero y octubre del 332 a.C. No se menciona la ciudad

de Tiro, cuyo sitio duró siete meses. La importancia de esta región radica en que allí nació y murió el Redentor:

Mira la Siria, vees allá la indina⁵
 tierra de promisión de Dios privada,
 y a Nazarén dichosa en Palestina,
 do a María Gabriel dio la embajada:
 vees las sacras reliquias y ruína
 de la ciudad por Tito desolada,
 do el Autor de la vida escarnecido
 a vergonzosa muerte fue traído. (XXVII,7)

Tras la sumisión de Fenicia, Alejandro pasó a Egipto en donde fue reconocido como faraón. Dado que ese país no forma parte de Asia, el poeta no menciona la etapa egipcia, que tuvo lugar entre octubre de 332 a.C. y la primavera de 331 a.C.; pero el relato reanuda en la tercera octava con el regreso de Alejandro: comienza con el paso del mar Rojo «que abrió Moisés sus aguas con la vara» y la mención de «las dos Arabias: Felix y Desierta», lo que corresponde al trayecto recorrido por el conquistador macedonio desde Egipto hasta Alep, adonde llegó a finales de julio de 331 a.C.

A partir de aquí se produce un salto hacia el oeste. No se menciona a Mesopotamia ni a Babilonia, ciudad en la que ocurre la muerte de Alejandro, hecho que el poeta reserva para cerrar la descripción de Asia. La cuarta octava enumera las conquistas posteriores de Alejandro, hasta la India, realizadas entre noviembre de 331 a.C., fecha de la ocupación de Susa, y su regreso a Babilonia en febrero de 323 a.C.: Persia, Carmania, Susiana, Drangiana, Gedrosia y Aracosía.

Las octavas cuarta a séptima, partiendo del Ganges, enumeran lo que pudiéramos considerar los límites asiáticos del ecúmeno: China, el Maluco y Taprobana; y los países bárbaros del Cáucaso: Tartaria, Iberia, Albania y el reino de Colcos «adonde el trabajado Jason vino,/ en busca del dorado vellocino».

Las dos octavas siguientes recuerdan a Armenia y la conquista «de grande Taborlán que, de pasada,/ cuanto encontró lo puso por el suelo,/ cual ira o rayo súbito del cielo», y mencionan los ríos Tigris y Éufrates

⁵ En las ediciones anteriores a 1590 el primer verso de esta octava se leía: «Mira la Siria, la Iudea, la indina».

y «el Caspio mar, por otro nombre Hircano». El periplo descriptivo de Asia termina en la ciudad de Babilonia en donde murió Alejandro en junio de 323 a.C. :

Mira la Asiria y su ciudad famosa,
 donde la confusión de lenguas vino,
 que sus muros, labor maravillosa,
 hizo Semiramís, madre de Nino:
 donde la acelerada y presurosa
 muerte, a Alexandre le salió al camino,
 cortándole en su próspera corrida
 el hilo de los hados y la vida. (XXVII,15)

Los cuatro últimos versos, al igual que las primeras estrofas, ponen de manifiesto que la estructura de la descripción de Asia se amolda al máximo al itinerario de Alejandro. Por supuesto el continente asiático desborda por el levante y el norte los reinos sometidos por el conquistador macedonio. También queda patente que algunas regiones poseen una carga histórica que Ercilla no podía olvidar y que concierne, por orden, a Cristo, Moisés, Jasón y los argonautas, y por último a Tamerlán, quienes aparecen como otros tantos itinerarios inscritos en el periplo de Alejandro.

La técnica del periplo como eje narrativo la volvemos a encontrar en la descripción de los demás continentes. África aparece descrita de modo escueto, en tan solo siete octavas, y comienza:

Mira en África, el sur, los estendidos
 reinos del Preste Juan, donde parece
 que entre los más insignes y escogidos
 Sceva⁶ en sus edificios resplandece:

⁶ Desconocemos a qué lugar se refiere el rico reino de Sceva, donde se producen tres cosechas anuales y que el poeta sitúa a 22° de latitud sur. Es probable que se trate de un error de transcripción y que concierna al legendario reino de Saba, que el mapa de fray Mauro, realizado en la segunda mitad del siglo XV, sitúa en el sur de África. La altura indicada corresponde al río Sabi. Pudiera también hacer mención a la circunscripción y ciudad de Sena, fundada por los mercaderes portugueses a principios del siglo XVI en la margen derecha del Zambeze, a 240 kms. del mar. A este propósito se lee en la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Espasa-Calpe, que se trata de «un territorio montañoso y muy fértil» donde «ya en 1569 el gobernador Francisco Barreto, que se dirigía a la conquista del reino Monomotapa, al llegar a aquellos parajes encontró una iglesia y bastantes casas con techumbre de

tres frutos da en el año repartidos,
y tres veces se agosta y reverdece;
tiene en veinte y dos grados su postura,
al Antártico Polo por la altura. (XXVII, 16)

Ercilla sitúa los reinos del Preste Juan en el sur de África, como pueden observarse en mapas de la época. La descripción del continente africano se realiza siguiendo tres periplos. En primer lugar el Nilo, que comienza en Gogia, actual Gadjam, región meridional de Abisinia en donde se encuentran los montes «canos siempre de nieve los collados y abajo peñascales y aspereza, que forman un gran muelle, rodeados de breñales espesos y maleza, morada de osos, puercos y leones, tigres, panteras, grifos y dragones». Breñales y animales, entre los que figuran algunos fabulosos, sugieren la exuberancia de la flora y fauna africanas. En estos montes, «llamados hoy los montes de la Luna», «nacen del Nilo las famosas fuentes» las cuales «se vienen a juntar a una laguna/ tan grande, que sus senos y laderas/ baten de tres provincias las riberas». La mencionada laguna se refiere al lago Tana, y las tres provincias: «Gogia y Beguemedros al oriente, y Dambaya al poniente» corresponden a Godjam, Beguemeder y Dembea. El Nilo continúa por «Gogia de Amara», región en donde se halla el lago Tana, «hasta un angosto paso peñascoso/ que le va las costados estrechando», o sea la sexta catarata. Las fuentes del Nilo indican claramente que se trata del Nilo Azul y no del Nilo Blanco. El Nilo «llega a Meroe, gran isla, costeando» y luego desemboca en El Cairo, «que incluye tres ciudades». El relato acaba con la mención de las pirámides «de los ciegos antiguos, que aunque sea/ señal de sus riquezas la hechura,/ fue más que el edificio la locura».

El segundo periplo atraviesa África de levante a poniente, y enumera una serie de pueblos de «la negra y bruta gente»: «los trogloditas belicosos,/ y los que baña Gambra en su corriente:/ mandingos, monicongos, y los feos/ zapes, biafras, gelofos y guineos».

El tercer periplo recuerda «los puertos señalados y lugares de las bocas del Nilo hasta el estrecho»: Apolonia, las Sirtes, Trípol, Túnez y

paja». La región, cuatro grados al norte de lo indicado por Ercilla, era rica en oro, y el tráfico se hacía siguiendo el Zambeze. Además en la *Nova Africae Tabula auctore Fodoco Hondio*, publicada en el *Atlas maior* de Mecator, aparece una ciudad de Sena, al borde del mar, a la altura exacta mencionada por Ercilla.

las ruinas de Cartago. Este último lugar va a servir de enlace con Europa, cuya descripción comienza en Sicilia «fértil y abundosa», y sugiere el paso de Eneas⁷.

Parece extraño que Ercilla no mencione ningún explorador portugués. Tal vez haya querido evitar comparaciones de índole literaria con *Los Lusíadas*, aunque la enumeración de pueblos africanos que fueron vendidos como esclavos apunta más bien cierta rencilla contra el vecino portugués.

La descripción de Europa ocupa catorce octavas, las ocho últimas dedicadas a España. El periplo comienza por Sicilia, Cerdeña, Córcega y pasando por Italia, atraviesa Francia, Flandes, Holanda, Inglaterra etc. hasta llegar al norte de Europa y desciende por Rusia para terminar en el Mediterráneo oriental. Es una larga lista de nombres geográficos, por lo general sin precisión alguna, como muestra la última octava:

Mira a Livonia, Prusia, Lituania,
 Samagocia, Podolia y a Rusía,
 a Polonia, Silesia y a Germania,
 a Moravia, Bohemia, Austria y Vngría:
 a Corvacia, Moldavia, Trasilvania,
 Valaquia, Vlgaria, Esclavonía,
 a Macedonia, Grecia, la Morea,
 a Candia, Chipre, Rodas y Iudea. (XXVII, 29)

No encontramos más precisiones que las referentes a Roma «que gran tiempo altivamente, se vio del universo apoderada y de cada nación después hollada» y a Groenlandia «desviada/ del solar curso y la zodiaca vía,/ do hay seis meses de noche y seis de día». Evidentemente al nombrar «la tierra y parque de Pavía», el poeta no olvida «adonde en una rota de importancia/ Carlos prendió a Francisco, rey de Francia».

En contraste con las escuetas estrofas anteriores, la minuciosa descripción de España hace resaltar las principales ciudades de la península; empezando por Bermeo, de donde Ercilla era oriundo:

Mira al poniente a España, y la aspereza
 de la antigua Vizcaya, de do es fama

⁷ La historia de Dido y Eneas será contada en los cantos XXXII y siguiente de la tercera parte de *La Araucana*.

que depende y procede la nobleza,
 que en aquellas provincias se derrama.
 Ves a Bermeo cercado de maleza,
 cabeza y primer tronco desta rama,
 y tu torre de Ercilla sobre el puerto
 de las montañas altas encubierto⁸. (XXVII,30)

Las ciudades españolas aparecen acompañadas de algún rasgo peculiar: Salamanca «felice en todas ciencias, do solía/ enseñarse también nigromancia»; Medina del Campo «que las ferias la van más ilustrando»; Segovia «y su famosa puente»; Aranjuez «donde natura/ vertió todas sus flores y verdura»; Toledo «fundada en sitio fuerte,/ sobre el dorado Tajo levantada»; Sevilla, cuya importancia comercial con las Indias, le vale una octava:

Mira a Sevilla, vees la realeza
 de templos, edificios y moradas,
 el concurso de gente y la grandeza
 del trato de las Indias apartadas,
 que de oro, plata, perlas y riqueza,
 dos flotas en un año entran cargadas
 y salen otras dos de mercancía,
 con gente, munición y artillería. (XXVII, 37)

Ercilla repite además el recurso de dilatación temporal ya empleado en el canto XXIV para narrar la batalla de Lepanto. En la estructura de *La Araucana*, la descripción del orbe se sitúa después de la batalla de Millarapué, que tuvo lugar el 30 de noviembre de 1557. Las alusiones a acontecimientos posteriores a esta fecha suenan en boca del mago Fitón como verdaderas profecías: «Mira a Valladolid, que en llama ardiente se irá como la fénix renovando», o «Mira a Madrid, que buena suerte le tiene el alto cielo aparejada», lo que constituye una alusión a su designación, por Felipe II en 1561, como capital de España. El levantamiento de los moriscos de Granada en

⁸ El esmero que puso el poeta en describir la cuna de su linaje lo llevó a modificar casi completamente esta octava que, a partir de las ediciones de 1590, dice así: «Mira al poniente à España, y la aspereza/ de la antigua Vizcaya, de do es cierto/ que procede, y se estiende la nobleza/ por todo lo que vemos descubierto./ Mira à Bermeo cercado de maleza,/ cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto/ los anchos muros del solar de Ercilla,/ solar antes fundado que la villa».

1568 y la represión llevada a cabo por don Juan de Austria aparece vaticinada por Fitón: «mira adelante a Córdoba, y la muerte/ que airada amenazando está a Granada,/ esgrimiendo el cuchillo sobre tantas/ principales cabezas y gargantas». Destaca sobre todo la alusión directa al monasterio de El Escorial, iniciado en 1563 y cuyas obras durarían 21 años:

Mira aquel sitio inculto montuoso
al pie del alto puerto algo apartado,
que, aunque le vees desierto y pedregoso,
ha de venir en breve a ser poblado.
Allí el Rey don Felipe vitorioso,
habiendo al franco en San Quintín domado,
en testimonio de su buen deseo
levantará un Católico trofeo.

Será un famoso templo incomparable
de sumptuosa fábrica y grandeza,
la máquina del cual hará notable
su religioso celo y gran riqueza.
Será edificio eterno y memorable
de inmensa magestad y gran belleza,
obra al fin de un tal rey, tan gran cristiano,
y de tan larga y poderosa mano. (XXVII, 33 y 34)

No hay un verdadero periplo con referencias históricas en la descripción de Europa, aunque la apología del monarca español parece explícita. La lista de ciudades españolas acaba en Cádiz, donde Hércules «fijó las dos columnas vitorioso» y va a servir de punto de salida para el viaje de Colón hacia el Nuevo Mundo.

La descripción de América ocupa doce octavas y comienza con el recuerdo del rumbo seguido por Colón: «las islas de Canaria, reparando/ en aquella del Hierro especialmente», y «a la banda diestra las Terceras», o sea las Azores, por donde pasó Colón al regreso de su primer viaje, «y corriendo al sudeste las primeras/ islas que descubrió Colón», «entre las cuales son más señaladas/ los Lucayos, San Juan, la Dominica,/ Santo Domingo, Cuba y Iamaica». Tras mencionar luego a Bahama y la Florida «la tierra inútil y lucida costa», relacionada con el viaje de Ponce de León en 1512, prosigue con la evocación de la conquista de Méjico y Nueva España «donde Cortés con no pequeña costa/ y gran trabajo y riesgo de la vida,/ sin término ensan-

chó por su persona/ los límites de España y la corona». El itinerario seguido por Ercilla en la descripción de América coincide con el que solían emplear los historiadores de su época: primero las Antillas, luego Méjico y América Central, la costa de Colombia y Venezuela, para terminar por la larga cordillera de los Andes de norte a sur.

Cabe destacar algunas observaciones como las referentes a Michoacán «famosa/ por la raíz medicinal que tiene»; Méjico «que el indio nombre antiguo aún hoy retiene»; la cordillera «de do nacen y bajan tantos ríos,/ que riegan bien dos mil millas de suelo,/ donde jamás cayó lluvia del cielo»; el desierto de Atacama «do no hay ave, animal, hierba ni rama». Ercilla se extiende, y parece fascinado, al describir la riqueza del Nuevo Mundo, como ocurre al evocar Puerto Viejo «do la mina de ricas esmeraldas fue hallada», y sobre todo el proverbial Potosí:

Mira allá a Chuquiabo, que metido
está a un lado la tierra al sur marcada,
y adelante el riquísimo y crecido
cerro de Potosí, que de cendrada
plata de ley y de valor subido
tiene la tierra envuelta y amasada,
pues de un quintal de tierra de la mina
las dos arrobas son de plata fina. (XXVII, 47)

La cordillera de los Andes, espina dorsal de América del Sur, constituye un itinerario similar al del Nilo en África. De ahí que, junto con nociones como «al sur», «al levante» o «al poniente», aparezcan locuciones adverbiales «a la siniestra mano» o «a la diestra» que por sí solas no constituyen referencia a punto cardinal alguno. El periplo americano termina en el estrecho:

por donde Magallanes con su gente
al Mar del Sur salió desembocando,
y tomando la vuelta del poniente
al Maluco guió noruesteando.
Vees las islas de Acaca y Zabú enfrente,
y a Matán, do murió al fin peleando;
Bruney, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machián, Mutir, Badán, Tidore y Mate. (XXVII, 51)

La descripción del mundo concluye con el recuerdo de Magallanes y la primera circunvolución del mundo.

Don Alonso de Ercilla, además de haber acompañado como paje al príncipe Felipe en su gira por los estados europeos, viajó a América en donde tomó parte en casi todos los hechos narrados en *La Araucana*. Dice Cristóbal Mosquera de Figueroa, «que si todo lo que anduvo Alexandre, se juntase y numerase con lo que don Alonso ha andado, no sería la décima parte»⁹. Sin embargo, el poeta no ha dejado casi rastro de su experiencia de viajero. Ercilla no vio el paisaje, porque su herencia cultural se lo impedía. Su visión del mundo es ante todo libresca, y detrás de la pintura del orbe se vislumbra el planisferio. Ciertas referencias geográficas solo pueden proceder de la observación de un mapa: «Quito, que vecina/ está a la equinocial línea templada»; «mira los grandes montes y altas sierras/ bajo la zona tórrida nevadas»; «mira el solsticio y trópico pasado,/ del austral Capricornio las regiones»; «tiene en veinte y dos grados su postura,/ al Antártico Polo por la altura» etc.

Su educación clásica, que se observa también en el empleo de los vientos Euro, Volturno, Noto etc. en tanto que puntos cardinales, no solo dirige la mirada del poeta sobre el mapa y traza los periplos, sino que incluso le impone el tema del orbe dentro de la estructura del poema. Porque si la descripción del mundo halló cabida en *La Araucana* se debe a que, según dice Estrabón, las grandes empresas requieren grandes espacios. Al igual que las batallas de San Quintín, Lepanto o el relato de la historia de Dido y Eneas, la descripción del mundo amplifica de modo magistral los límites del pequeño territorio de Arauco, teatro de la narración.

Ahora bien, su sensibilidad, elaborada por su evolución sicológica en una guerra de la que poco provecho sacó, se manifiesta en su toma de posición en defensa de los indios contra quienes él mismo combatía. Al igual que Lucano en la Farsalia, Ercilla termina sintiendo simpatía por los vencidos y trata de comprender las causas de los acontecimientos y la ambición de los jefes: «codicia fue ocasión de tanta guerra/ y perdición total de aquesta guerra» (III, 3). Si admite que la guerra es lícita, denuncia la altiva insolencia y el rigor inhumano de aquella gente desalmada «que los términos lícitos pasando,/ con crueles armas y actos inhumanos,/ iban la gran vitoria deslustrando» (XXVI, 7). El poeta escudriña con una clara perspicacia los oscuros

⁹ Elogio a don Alonso de Ercilla, en los preliminares de *La Araucana*, Madrid 1590.

pensamientos de sus compañeros de armas: «íbamos sin cuidar de bastimentos/ por cumbres, valles hondos, cordilleras,/ fabricando en los llenos pensamientos/ máquinas levantadas y quimeras» (XXXV, 29). Algunos versos lapidarios estigmatizan la conquista como una guerra cruel y devastadora alejada de su finalidad primera: «la mucha sangre derramada ha sido/ (si mi juicio y parecer no yerra)/ la que de todo en todo ha destruido/ el esperado fruto desta guerra» (XXXII, 4). El discurso narrativo de Ercilla nos presenta pues el teatro del mundo percibido a través del prisma de los modelos clásicos paganos, pero reelaborado por la razón y su sensibilidad de hombre cristiano.

Angel ALVAREZ VILELA
Université de Lausanne